

Los motivos de Castel

David Robinson

Panamá

Sin armas, recursos ni alternativas, salvo aquella mirada insulsa repleta de tonterías. Así era yo cuando estaba frente a ella. Nunca pude dominar tal situación.

La conocí en la discoteca del hotel con nombre de santo, donde, por lo general, se escucha mucho merengue. Cualquiera diría que en medio de esa música tan agitada no hay espacio para el romance. Todo lo contrario, no solo la sangre sube de temperatura, también las hormonas y lo que comienza siendo un ejercicio aeróbico termina siendo el desaforado ritual canino. Por las ansias, buscar donde fue una labor tormentosa; tanto que al desvestirme, el mero roce de la ropa casi me hace culminar anticipadamente. Por suerte no fue así y pude cumplir. Siguiéron otras veces, siempre llenas de esfinges y misterios; de silencios como respuesta. Otras veces que eran locos retos de forma y lugar. Creo que la vez más salvaje fue en un ascensor entre la planta baja y el décimo piso.

Pero desde el día que la conocí, un gusano comenzó a reptar sobre la mucosa de mis entrañas. Esa discoteca, la del hotel con nombre de santo, no se caracterizaba precisamente por el buen nombre de sus asistentes, sino por el contrario, por lo terrible de la fama de sus acciones. Solo este hecho me puso a la defensiva. Una defensa endeble, pero defensa al fin.

Ella nunca respondía claramente a mi inquietud. Hablarle sobre el tema era navegar en mares plagados de tintorerías. Con un no sé o un quizás, dejaba laceradas las piernas de mi alma, frustrando así, cualquier posible huida. Eso me lastimaba.

Cuando le preguntaba, sus besos quemaban con pasión mi boca mientras sus manos colmaban de ternura mis cabellos; aún así, jamás dio una respuesta directa a una pregunta directa. Únicamente callaba y sus ojos desilusionados me condenaban. Nunca tuve una respuesta definitiva, nunca calmé mi inquietud, nunca supe si de verdad me quería, si yo significaba algo más que un momento para ella. Le era tan fácil salir a bailar con otro en la discoteca; solo me decía «ahora vengo» y se introducía en la pista de baile. El día que la conocí, ¿a quién le diría «ahora vengo»?

¿A quién? ¿A quién? Decía que a nadie, pero el tono de su voz no me convenía. Si le hubiese creído me habría evitado el dolor. Esos miserables celos clavaban sus colmillos de víbora en las carnes de mi vientre hasta lograr convulsionarme. En su ausencia, pensar las infinitas posibilidades de lugares donde podría encontrarse me provocaba las más graves fiebres y náuseas; más al pensar en las infinitas posibilidades de aventuras con otros tipos que podía tener. Pero nada me enfermaba tanto como hacerme la siguiente pregunta: ¿Y si yo era una aventura?

Vivía entre ausencias dolorosas, intensos encuentros eróticos y largas discusiones. No soportaba las nubes de humo que la rodeaban; su pasado, presente y futuro, despertaban únicas y absolutamente dudas en mi persona. ¿Estaría yo incluido en sus planes? A pesar del ardor y la pasión nada indicaba que así sería. No soportaba tanta incertidumbre. ¿Qué le costaba darme algo de seguridad?

Por eso, para evitar el dolor agudo de mi vientre y alejar los colmillos de víbora, decidí realizar la mejor defensa, atacar y terminar con esta absurda situación. Después de muchos rodeos temerosos, me convencí de que debía no solo eliminarla de mi vida sino de la vida. Me faltaba el valor para hacerlo yo mismo, pero no me atrevía a contratar a alguien. ¿Y si por mala suerte contratara a uno de sus negados amantes?

Yo tendría que hacerlo. Muchas horas de planes y decisiones se alternaron con angustias y arrepentimientos. Pero las discusiones y los ataques de celos se hicieron demasiado abundantes, como para no hacerlo. Su asesinato finalmente tomó forma en mi mente: un cuchillo clavado en su pecho en la misma discoteca donde la conocí. Tal vez en el baño o en la misma pista, no sé, pero sí después de que me dijera «ahora vengo».

Con paciencia aguardé la noche adecuada, la noche donde no hubo discusiones. Bailamos, comimos, bebimos, hubo besos, caricias y a la mitad de una íntima

conversación, un tipo vino a sacarla a bailar y ella aceptó. Largos minutos duró la espera. Una furia sorda colmó mi espíritu, una furia que guiaría mi mano hasta su pecho. Al rato, ella regresó a la penumbra de nuestra mesa; regresó, me dio un gran beso y me dijo al oído: “Ves que siempre regreso a tus brazos”. Saqué el cuchillo, mi corazón y pulmones triscaban bestialmente, un sudor frío pobló la piel de mi cara; pronto sentí el efecto de su persona sobre la mía y posando mis ojos sobre ella, con aquella mirada insulsa repleta de tonterías, solté el cuchillo sobre la alfombra y dejé que me besara.

